

Dossier: Sociodemografía de la mina. Poblaciones mineras, siglos XIX y XX Presentación

Arón Cohen*
Eduardo de los Reyes**

Durante los pasados años 80 y 90 sobre todo, fueron varias las investigaciones que se ocuparon de distintas vertientes de la historia demográfica contemporánea de algunas de las más significadas áreas mineras del Sur y del Norte peninsulares. Monografías extensas o circunscritas a un aspecto particular de este campo de estudio, estas incursiones en la demografía de ámbitos mineros encajaban, en general, en los cuestionarios más amplios de una historia social y económica que, de una u otra forma, buscaba en los análisis de la población y el poblamiento «testigos» de las transformaciones asociadas al auge de las explotaciones mineras y de sus efectos. La prolongación de estas investigaciones con otras más recientes o en curso sobre cuencas o localidades mineras que habían permanecido más desatendidas, a veces recurriendo a fuentes, líneas y métodos de análisis inéditos, nos llevaron a proponer la sesión específica del VII Congreso de la ADEH que ha dado origen a este «dossier». La propuesta perseguía estimular, mediante el intercambio entre investigadores, las comparaciones y el debate (sobre las problemáticas de los estudios y entre áreas que albergaron desarrollos mineros diferenciados); en el mejor de los casos, hacernos una idea más cabal de algunos retos abiertos desde una perspectiva propia de la demografía histórica o que intente apoyarse en ella.

La respuesta obtenida debe calificarse de bastante amplia. Y diversa: tanto por la localización de los análisis (como se pretendía), como por sus enfoques y contenidos. También, por el distinto momento de su desa-

* Arón Cohen, Departamento de Geografía Humana, Universidad de Granada (acohen@ugr.es).

** Eduardo de los Reyes, I.E.S. «Jiménez de Quesada», Santa Fe (Granada) (eduardo.delosreyes@wanadoo.es).

rollo y los desiguales objetivos generales de las investigaciones que los sustentan. Así pues, parece que una relativa vitalidad de las poblaciones mineras como objeto de estudio contraste con la atonía ahora generalizada en casi todas las viejas comarcas mineras. Como parte integrante de una industrialización poderosa o como enclaves semi-industriales en territorios de acusada dominante rural y agraria, las minas y sus entornos ofrecen a la demografía histórica unos medios materiales de rasgos originales sobre los que interrogarse. Por otra parte, este conjunto de trabajos no deja de confirmar las dificultades inherentes al empeño de intentar *analizar* los fenómenos demográficos *en sus posibles relaciones* con un tipo particular de transformación económica, en contextos diferentes.

1) En efecto, la mina o, mejor dicho, cada una de las áreas que albergaron una intensa explotación minera entre los siglos XIX y XX, pueden ser observadas, y han atraído a investigadores, en tanto que *medio económico-social específico*, sin perjuicio de sus diferencias en el espacio y el tiempo. Esta originalidad se lee también en algunos rasgos de su demografía: entre otros, la movilización de poblaciones que acompaña a cada etapa de las explotaciones (intensa y variable en sus direcciones), trasunto de la de la fuerza de trabajo; o el impacto en la morbilidad y la mortalidad (accidentalidad incluida) de una actividad históricamente reputada, de manera general, como dura y peligrosa para los obreros, aunque en grado muy variable según la geología de los yacimientos, los sistemas de laboreo y sus condiciones técnicas.

De otra parte, los territorios y las sociedades modelados por las explotaciones mineras pueden servir de banco de pruebas para *cuestionamientos teóricos de más amplio espectro*; es decir, para profundizar, a partir del análisis de casos caracterizados, en el conocimiento y la comprensión de procesos y mecanismos de alcance más general: así, en lo que atañe a los «factores», primero, de la agudización y, después, del descenso de la mortalidad y advenimiento de un *nuevo* «sistema demográfico» (abordados aquí por P. M. Pérez Castroviejo en la zona minera de Vizcaya); o, por ejemplo, a las relaciones entre el reforzamiento de la componente *proletaria* de una población y las tendencias de la fecundidad y de sus determinantes sociales; o, con carácter más general, al análisis de la interacción entre *dinámicas de población y modos de producción*: título de un seminario que hace ya bastantes años (en 1978) convocó en Cuernavaca (México) a un muy cualificado grupo de especialistas de distintos horizontes disciplinares y geográficos interesados

en confrontar su experiencia de investigadores con esa problemática general.

Ni que decir tiene que, lejos de excluirse, las dos perspectivas evocadas pueden ganar complementándose.

2) El *papel central de la variable movilidad geográfica* entre las respuestas demográficas a las coyunturas mineras es algo bastante conocido y que está presente en todas las piezas de este «dossier». Su protagonismo tiene una traducción directa en las transformaciones locales del poblamiento (incluidos los efectos urbanógenos de desigual calado o, cuanto menos, la introducción, asociada a una nueva práctica social del territorio en el entorno de las minas y a su mayor apertura al exterior, de semillas de «urbanización» de los comportamientos sociales en «enclaves» acusadamente «periféricos»¹).

De otro lado, las alteraciones repercuten indirectamente en las otras variables demográficas: en la mortalidad, y particularmente en cierta morbi-mortalidad de origen infeccioso e infectocontagioso, en cuyo incremento, reiteradamente detectado en las fases de apogeo de la inmigración a los núcleos mineros, pueden reconocerse las presiones insuficientemente contrarrestadas de las condiciones de existencia de las poblaciones y los efectos patógenos de las condiciones de trabajo, sin olvidar la multiplicación de los contagios facilitada por el acercamiento de población (concentración de residencias y proliferación de las migraciones pendulares en el entorno de las explotaciones). La reflexión se aplica, por ejemplo, a la agravación de la incidencia de la endemia palúdica por la proliferación de charcas con el recurso a la cementación de minerales en el Bajo Alentejo (que recoge el artículo de P. Guimarães), un problema sanitario compartido con muchas otras áreas mineras peninsulares (el Andévalo, el Alto Guadiato, el Valle de Alcuía²...). La sinergia entre minería, crecimiento demográfico e intensidad de algunas crisis epidémicas no carece de exponentes³.

1 Sobre este punto, disponemos de una recopilación reciente (al cuidado de Jean-Pierre Poussou y Alain Lottin), producto de un coloquio internacional celebrado en 2002 en Lievin y Lens (Norte-Paso de Calais): *Naissance et développement des villes minières en Europe*, Arras, Artois Presses Université-Presses Universitaires de Paris Sorbonne, 2004.

2 LUENGO, E.: *El paludismo en las zonas mineras. La anquilostomiasis en las minas españolas. Conferencias dadas en la Escuela de Minas*, Madrid, 1928.

3 Así, la sobremortalidad *minera* durante la pandemia de gripe de 1918, que se podía detectar en el corazón del hierro granadino, había llamado enseguida la atención

Describir no es explicar, pero una descripción precisa (no siempre exenta de problemas) es indispensable para una interpretación razonada. Indagar en las relaciones entre migraciones, nupcialidad y fecundidad exige precisar muy bien en cada caso y etapa la evolución de las variables. Una inmigración muy mayoritariamente masculina no debería de incrementar significativamente las tasas de nupcialidad en los lugares en los que se asienta, sin el correlato de la llegada de mujeres (inmigradas por razón de matrimonio u otras). Sin olvidar que los cambios en las pautas geográficas de la elección de cónyuge suelen demandar algún tiempo; y tampoco la inclusión entre los inmigrantes de grupos familiares (a menudo, de contrastada movilidad), que se verifica en todas partes. El perfil discreto de las tasas brutas de nupcialidad en la serie alentejana de Guimarães vendría a confirmar el razonamiento anterior. La evolución de la fecundidad fuera del matrimonio es otro de los parámetros a seguir y sobre el que interrogarse: ¿qué relación guarda con la inmigración y, si ésta fuera muy directa y estrecha, cómo evoluciona con el paso de los años?

En lo que respecta a la atracción migratoria desencadenada por el despliegue de las actividades mineras, hay pautas que se repiten insistentemente en los distintos ámbitos geográficos, salvando, naturalmente, las distancias en cuanto a la magnitud y la duración de los flujos. Predominio de las migraciones de corto y medio radio y, por otra parte, participación visible de migrantes «mineros» o, al menos, procedentes de zonas con tradición extractiva. Así se verifica en la sierra de Cartagena en la segunda mitad del siglo XIX, igual que antes había ocurrido entre las de Gádor y Almagrera (Martínez Soto, Pérez de Perceval y Navarro); desde poco después de mediados de siglo, en el Bajo Alentejo, donde acuden también españoles, muy particularmente onubenses; en las localidades mineras vizcaínas durante el último cuarto del XIX; en el valle del Alto Guadiato, especialmente a lo largo de la última década del ochocientos y la primera del nuevo siglo, incluida la presencia minoritaria de mineros portugueses, a menudo después de un periplo por

de los estadísticos de las compañías aseguradoras norteamericanas que la observaron entre los mineros de Pennsylvania. El ejemplo andaluz en COHEN, A.: *El Marquesado del Zenete, tierra de minas. Transición al capitalismo y dinámica demográfica (1870-1925)*, Granada, Diputación Provincial, 1987, pp. 317-322. La observación norteamericana en DUBLIN, L. I.: «The mortality of bituminous coal miners from influenza-pneumonia, october to december, 1918», *The Journal of Industrial Hygiene*, 1, 1920, p. 483.

4 Una confirmación reciente de las indicaciones a este respecto de J. Vilá Valentí

explotaciones onubenses y sevillanas (Ferrer, Fleta, Ramírez y Urdiales). En este último caso, la incorporación parcial al estudio de una perspectiva microanalítica y longitudinal brinda ejemplos de la extrema movilidad de una parte de los inmigrantes, puesta claramente de manifiesto para algunas de las procedencias minoritarias. Capítulo de una investigación con objetivos diversos, este estudio ha combinado la explotación de censos y nomenclátore con información procedente de una extensísima reconstrucción de historiales (médicos) de los obreros de la gran empresa francesa que impulsó la minería y la industria de la comarca.

Hay cuestiones importantes que merecerían profundizarse. Por ejemplo, ¿hasta qué punto llega el protagonismo de la mina en la activación de los flujos migratorios? ¿Qué hay de sustitución o de reforzamiento de «campos migratorios» preexistentes, ligados a la economía agraria, y qué hay de creación de nuevo cuño en los movimientos detectados? El empleo estacional en faenas agrícolas fue un recurso de muchos mineros, conocido en todas las comarcas mineras del Sur peninsular, incluso muy entrado el siglo xx. Y los mineros-campesinos de las provincias penibéticas relativizan la idea de una «excepción» asturiana, sin que deban perderse de vista las desigualdades regionales entre las minerías y entre sus contextos. En los distritos meridionales, las sucesivas crisis mineras del siglo xx provocaron una emigración desde las comarcas afectadas que no se limitó a quienes se habían instalado más recientemente en ellas. Generalmente hacia destinos alejados y, muy a menudo, definitiva. Algunos componentes del crecimiento demográfico barcelonés, particularmente en el periodo de entreguerras, descubren estos nuevos hitos de itinerarios migratorios impulsados, en gran medida, aunque ahora en otra dirección, por las minas⁴. Con el fenómeno demo-geográfico de los desplazamientos humanos, es un proceso «social y global» el que se activa, incluida la movilidad de experiencias e ideas⁵.

(1958-59 y 1960) en OYÓN, J. L., MALDONADO, J. y GRIFUL, E.: *Barcelona 1930: un atlas social*, Barcelona, Edicions UPC, 2001, pp. 60-63 y mapa 2.6, p. 54.

5 Esta perspectiva de historia (y geografía histórica) social, abordada desde el cabo barcelonés de «cadenas migratorias» en las que estuvieron implicadas las comarcas mineras del Sureste, estuvo presente en unas jornadas celebradas en la Escuela de Arquitectura del Vallés en el verano de 2003: OYÓN, J. L. y GALLARDO, J. J. (coord.): *El cinturón rojinegro. Radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Barcelona, Ediciones Carena, 2004.

3) Una de las dificultades que conlleva el intento de pensar las dinámicas demográficas en relación con las socioeconómicas en áreas mineras, agitadas por transformaciones bruscas y violentas fluctuaciones del empleo, estriba precisamente en la necesidad de no perder de vista *el tiempo corto de las evoluciones, en poblaciones de pequeño o mediano tamaño*. Unos efectivos, además, sujetos a importantes altibajos: en función de la coyuntura migratoria; de la inestabilidad residencial en las mismas zonas mineras, según las características del poblamiento y las delimitaciones administrativas de los territorios; y, desde luego, de los estragos temporales que estas circunstancias podían acarrear en padrones y registros, sin olvidar los variables «efectos de estructura» que planearán sobre algunas series de tasas. Algunos valores obtenidos resultan particularmente frágiles y cuestionables. Los análisis diferenciales y comparativos, indudablemente apropiados al empeño, plantean los mismos escollos y a veces los refuerzan.

Son difíciles de evitar algunos compromisos metodológicos entre lo ideal y lo posible (en el tratamiento espacio-temporal de la información disponible o en la selección de indicadores). No deben esperarse muchas certezas incontestables; al contrario, correlaciones demasiado nítidas pueden levantar sospechas. Las demostraciones más indispensables se resisten a los atajos. Los períodos que deben cubrirse (los límites cronológicos de los análisis) no pueden ser excesivamente largos para que no se diluyan las pistas que queremos seguir y los posibles efectos que queremos contrastar en panorámicas demasiado generales, ni tan breves que nos priven de perspectiva. Aunque un procedimiento nominativo privilegiará las características de la parte más sedentarizada de estas poblaciones, atreverse con algún sondeo de este tipo podría reducir algunas incertidumbres. Las potencialidades de cualquier análisis (nominativo o agregativo) dependen mucho de las comparaciones que aborde o que permita en el tiempo (remontándose más atrás de la eclosión minera) y en el espacio (entre sociedades y poblaciones modeladas por la minería y de éstas con referentes más alejados o más «resguardados» de sus impactos). Y, hay que recalcarlo, la atención al tiempo corto dentro de evoluciones seculares o semiseculares es condición imprescindible al interrogarse por determinadas problemáticas.

Por ejemplo, a propósito de la influencia de las urgencias asociadas al crecimiento demográfico, incluidas las relacionadas con la alimentación, en la morbilidad y la mortalidad. «Cuidado, el hombre no se alimenta de promedios» (poco sensibles a las variaciones temporales y

sociales): a Pierre Vilar le gustaba recordar esta frase de Henri Hauser, el especialista francés en historia de los precios. El ejercicio no es, desde luego, menos delicado de realizar cuando se plantea desde el prisma de las variaciones, en el espacio y en el tiempo, de la estatura, tomada como indicador del «estado nutricional» de las poblaciones. J. M. Martínez Carrión destaca los promedios particularmente bajos de los tallados en las diputaciones mineras de Cartagena, y la disminución que detecta en los de las generaciones de 1866-70 a 1876-80: nacidos, salvo las últimas, en pleno «boom» minero de la sierra, aunque en gran parte crecidos durante la aguda «crisis plomera» (entre finales de los 70 y mediados de los 90). En Vizcaya, Pérez Castroviejo también detecta una inflexión descendente en la estatura de los quintos de los años 90 (nacidos en los 70 y crecidos entre esta década y la siguiente, en la que bajaron los salarios reales de los mineros de la provincia).

Como señala Martínez Carrión, la interpretación deja abiertos interrogantes. Entre ellos debe incluirse la posible influencia directa de los propios flujos migratorios (socialmente selectivos, seguramente) en los promedios registrados, tanto en los lugares (y fases) de inmigración como en los de salida.

El interés de un campo de investigación se mide, además de por el de sus problemáticas y, en función de ellas, de sus resultados, por las promesas de respuestas «en construcción» que encierra.

Marzo de 2005